

A través del tiempo, se le ha reconocido al género dramático su maravillosa capacidad para retratar y presentarle al público todo tipo de historias, y para propiciar las más diversas reacciones ante los acontecimientos, ya sea a partir de hechos reales o como resultado de la imaginación. En esta versión de la obra *La cabeza del Dragón*, de Ramón del Valle-Inclán, se reúnen las características propias de los personajes ideados por el autor español con una actualizada percepción dramática y con una nueva revelación: Infantina decide tomar su propia voz.

Leer es mi cuento 54

Leer es mi cuento 54

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

La cabeza del Dragón

Ilustrado por
Verónica Cardona

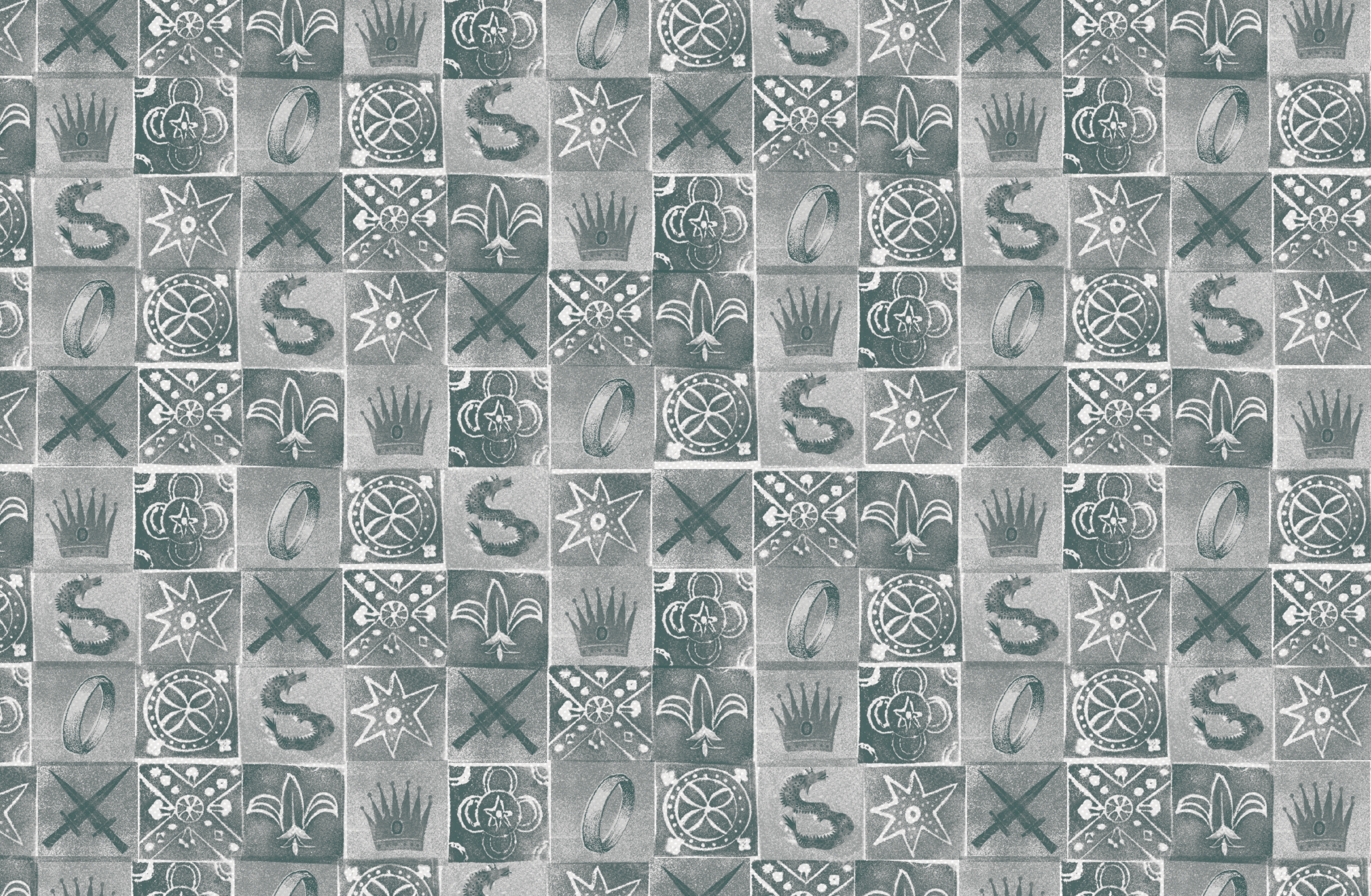
Versión de
María Adelaida Palacio Duque



Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta

La cabeza del Dragón





Leer es mi cuento 54

La cabeza del Dragón

Ilustrado por
Verónica Cardona



RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Versión de María Adelaida Palacio Duque



MINISTERIO DE CULTURA



**MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA**

Patricia Ariza Flórez
Ministra

**MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL**

Alejandro Gaviria Uribe
Ministro

AUTOR

Ramón del Valle-Inclán

VERSIÓN

María Adelaida
Palacio Duque

ILUSTRADORA

Verónica Cardona

EDITOR

Javier R. Mahecha López

DIRECTORA DE ARTE

Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL

Víctor Manuel
Rodríguez Sarmiento
*Director de Artes
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Diana Patricia Restrepo
*Directora Biblioteca
Nacional de Colombia*

María Orlanda Aristizábal B.
*Coordinadora del
Grupo de Literatura
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Javier R. Mahecha López
Editor de la Serie

Laura Pérez
*Directora de arte
de la Serie*

Santiago Humberto Cepeda
*Asesor del Grupo de Literatura
Ministerio de Cultura
de Colombia*

Diego Pérez Medina
*Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional
de Colombia*

Primera edición,
noviembre de 2022

ISBN: 978-958-753-529-7

Material de distribución
gratuita.

Los derechos de esta edición,
incluyendo las ilustraciones,
corresponden al Ministerio
de Cultura de Colombia; el
permiso para su reproducción
física o digital se otorgará
únicamente en los casos
en que no haya ánimo
de lucro.

Agradecemos solicitar
el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co



PERSONAJES

LA INFANTINA
EL PRÍNCIPE VERDEMAR
EL REY MICOMICÓN
EL DUENDE
EL PRÍNCIPE AJONJOLÍ
EL PRÍNCIPE POMPÓN
EL REY
LA REINA
EL PRIMER MINISTRO
LA TENDERA
EL BUFÓN
EL CIEGO
EL BRAVO
GEROMA
EL PREGONERO
CORO DEL PUEBLO
EL MAESTRO DE CEREMONIAS



Un Duende en la torre

DUENDE. Entonces, cuando eres pequeño puedes soñar. Así que sueña. Esto que ves es un castillo de fantasía, como solo lo saben soñar los niños. Es un castillo de niebla, bronce y diamantes, y está cubierto por miles y miles de enredaderas, como solo lo saben soñar las niñas. Esta historia no es solo de duendes, príncipes y princesas. Esta historia es también de ciegos y rufianes; bufones y tenderas. Esta historia sucedió hace miles de años, pero sucedió distinto, porque otros la imaginaron distinto. Esta historia es la historia de un príncipe: el Príncipe Verdemar. De una princesa: la Infantina. De un dragón: un animal comeprincesas. Y de un Duende: encarcelado en una torre. En esta historia se sueñan muchos caminos, que en otros tiempos los soñaron distinto. Entonces sueña.

Porque cuando eres pequeña sabes soñar el mundo entero en un pedazo de tela o en una pelota de cristal.

AJONJOLÍ. ¿Por qué la pelota rebota de esa manera?

DUENDE. Ese que está ahí es el Príncipe Ajonjolí.

VERDEMAR. ¡Parece que lleva el diablo por dentro!

DUENDE. Ese es el Príncipe Verdemar.

POMPÓN. ¡Está completamente loca!

DUENDE. Y ese es el Príncipe Pompón.

VERDEMAR. Es una pelota que no tiene cordura.

AJONJOLÍ. ¿Y por qué crees que no la tiene?

VERDEMAR. Eso es fácil. Porque está llena de aire.

TODOS. Y el aire y el vacío es en donde viven más a gusto los hombres sabios del reino.

POMPÓN. Sabio como el Primer Ministro de El Rey.

TODOS. Nuestro padre.

DUENDE. Y los tres son hijos de El Rey, de quien no hablan muy bien.



No de él, de todos los hombres del reino que solo dicen tonterías, incluido el reconocido Primer Ministro.

AJONJOLÍ. Del que todos los periódicos publican sus discursos.

DUENDE. El Primer Ministro bla, bla, bla, por acá... Bla, bla, bla, por allá...

AJONJOLÍ. Pero la verdad es que tiene la cabezota completamente vacía.

POMPÓN. Pero El Rey...

TODOS. Nuestro padre.

POMPÓN. Le confía el gobierno de todos los estados.

VERDEMAR. ¡Vamos a terminar el juego!

POMPÓN. Con esa pelota no se puede.

AJONJOLÍ. Está loca.

POMPÓN. ¿Por qué la lanzaste hacia allá?

La metiste por la ventana de la torre.

VERDEMAR. Voy a buscarla.

POMPÓN. La puerta está cerrada.

VERDEMAR. ¿Y la llave?

AJONJOLÍ. La Reina la lleva colgada.

VERDEMAR. ¿De la puerta de la torre?

¿Por qué?

DUENDE. Porque adentro me encuentro encerrado yo: ¡el Duende! El único que tiene la espada de diamante que puede vencer al Dragón.

VERDEMAR. ¿Oyes?

POMPÓN. ¿Qué?

VERDEMAR. Es un canto.

AJONJOLÍ. ¿Dónde?

VERDEMAR. Allá. En la ventana de la torre.

DUENDE. ¡Libertad! ¡Quiero libertad!
¡Volar como una paloma! ¡Tan alto, tan alto!
¡Quiero volar sin miedo al gavián!

VERDEMAR. ¿Quién canta en la torre? No conozco esa voz.

AJONJOLÍ. ¡Es el Duende del bosque! El que atrapó el jardinero y regaló a El Rey.

TODOS. Nuestro padre.

VERDEMAR. ¿Un duende de regalo?

POMPÓN. ¡Los duendes no existen! ¡Eso que ha cazado el jardinero no debe ser un duende!

AJONJOLÍ. ¡Yo lo vi! Y cara de duende sí tiene.

POMPÓN. ¡No abriste bien los ojos!

VERDEMAR. ¿Era un duende de otros tiempos que viste capa corta?

AJONJOLÍ. Era un duende con barbas y cejas gruesas.

AJONJOLÍ. ¿Quién habla?

DUENDE. El Duende soy. El de cejas gruesas, barbas largas y capa corta. Príncipe Pompón, ábreme la puerta de la torre y te prometo que serás muy feliz cuando te conviertas en rey.

POMPÓN. ¿Es una promesa?

DUENDE. Lo que me pidas, te daré.

POMPÓN. Devuélveme la pelota y te abriré la puerta.

DUENDE. ¿Me lo juras?

POMPÓN. Mi palabra es de rey.

DUENDE. Ahí va la pelota.

POMPÓN. Gracias.

DUENDE. ¿Y mi libertad?

POMPÓN. ¿De qué hablas?

DUENDE. ¡No se debe creer en la promesa de uno que quiere ser rey!

POMPÓN. Juguemos.

AJONJOLÍ. Yo voy primero.

POMPÓN. No. ¡Yo seré el primero!

VERDEMAR. El que lance la pelota más alto comienza.

DUENDE. Y como tontos son, la pelota entró otra vez por mi ventana.

¡Pum! ¡Libertad! ¡Quiero libertad!

¡Volar como una paloma! ¡Tan alto, tan alto!
¡Quiero volar! ¡Sin miedo del gavián!

VERDEMAR. ¡Otra vez perdimos la pelota!

AJONJOLÍ. El Duende nos la devolverá.

TODOS. ¡Señor Duende! ¡Señor Duende!

AJONJOLÍ. ¡Devuélvenos la pelota!

DUENDE. ¿Me abrirías la puerta, Príncipe Ajonjolí?

AJONJOLÍ. Por mi sangre azul.

DUENDE. ¡Ahí va tu pelota!

AJONJOLÍ. Gracias.

DUENDE. ¿Y tu promesa, Príncipe Ajonjolí? ¿Y mi libertad?

AJONJOLÍ. Mañana será.

DUENDE. ¿Por qué no hoy?

AJONJOLÍ. Mañana mandaré hacer una nueva llave para abrir la puerta.

DUENDE. Pero esta noche con mi vida acabarán.

AJONJOLÍ. Pues si eres Duende, desaparece por la chimenea o abre un hueco en la pared y ya está. ¡Continuemos con el juego!

DUENDE. Ya verán... Pero... ¿es que no tienen sentido de la lateralidad?... ¿Qué les pasa a estos jovencitos aspirantes a rey? ¡Boing! ¡Han perdido la pelota otra vez! ¡Voy a estallar! ¡Hacen que mi cabeza se infle como un globo a punto de explotar!

TODOS. ¡Señor Duende, la pelota!

DUENDE. ¡Primero tienen que abrir la puerta, que me tiene prisionero!

VERDEMAR. Duende, dame la pelota y mi promesa cumpliré.

DUENDE. No tienes la llave.

VERDEMAR. Derribaré la puerta.

DUENDE. ¿Con qué?

VERDEMAR. Con estas manos.

DUENDE. No es suficiente.

VERDEMAR. Con estos hombros.

DUENDE. No bastará.

VERDEMAR. Con todo mi cuerpo.

DUENDE. No podrás.

AJONJOLÍ. El Rey castigará tu ofensa.

POMPÓN. ¡Y la cabeza perderás!

VERDEMAR. Señor Duende, no preste atención a mis hermanos y no dude de mi palabra.

DUENDE. ¿Quién viene allá?

TODOS. La Reina, nuestra madre.

DUENDE. Pídele a ella la llave.

VERDEMAR. No me la dará.



8

DUENDE. Dile que te mire la oreja porque te duele...

VERDEMAR. ¿Para qué?

DUENDE. Para sacar de su bolsillo la llave.

VERDEMAR. Me descubrirá...

DUENDE. ¡No si gritas el dolor! Ahí tienes a La Reina...

VERDEMAR. ¡Ay!

LA REINA. ¿Qué tienes?

VERDEMAR. Creo que una avispa me entró en el oído.

LA REINA. Déjame ver.

VERDEMAR. Me zumba por dentro.

LA REINA. No veo nada.

VERDEMAR. Tranquila, madre, ya saldrá.

DUENDE. El Príncipe Verdemar lo logró.

¡Lo logró! Sacó del bolsillo la llave, y apenas la madre se marchó, el Príncipe Verdemar la puerta de la torre abrió. ¡Gracias, Príncipe mío!

POMPÓN. Nuestro padre te hará castigar.

DUENDE. Si alguna vez necesitas de mis favores, solo tienes que llamarme. Toma este anillo.

POMPÓN. Te va a castigar cuando se entere de que liberaste al Duende.

VERDEMAR. Nadie sospechará de nosotros.

POMPÓN. ¿Nosotros? Pero Ajonjolí y yo no hicimos nada.

DUENDE. Toma este anillo y, cuando te lo pongas, me tendrás de tu lado.

VERDEMAR. Cuando me lo ponga, te tendré a mi lado.

AJONJOLÍ. ¿Y si nos culpan a los tres?

VERDEMAR. Entonces diré que soy el único responsable.

POMPÓN. Ahí llega El Rey.

TODOS. Nuestro padre.

AJONJOLÍ. En compañía del Primer Ministro.

EL REY. Quiero que veas al Duende; es una criatura enredadora y traviesa. ¡El muy revoltoso, deshoja las rosas de mis jardines! Y no satisfecho, cuando pasa La Reina, sacude sobre su cabeza las ramas mojadas de los árboles! ¡Ríe en la reuniones de la gente importante! ¡No lo soporto! El jardinero lo atrapó y es tanta mi felicidad que a mis hijos compensaré. ¡Príncipe Pompón, tuyo es mi caballo!

9

POMPÓN. Gracias, padre.

EL REY. Príncipe Ajonjolí, tuyo es mi manto de armiño.

AJONJOLÍ. Gracias, padre.

EL REY. Príncipe Verdemar, tuya es mi espada.

PRIMER MINISTRO. Señor, la puerta está abierta de par en par.

EL REY. Pero ¿quién le dio libertad?

PRIMER MINISTRO. ¿Quién tenía la llave?

EL REY. La Reina, que ahí está. ¿Por qué lloras?

PRIMER MINISTRO. ¿Por qué le baila la corona en la cabeza?

LA REINA. ¡Me han robado la llave!

PRIMER MINISTRO. ¡Hay traidores en el palacio!

LA REINA. ¡Estamos como en Rusia!

EL REY. ¡Peor que en Rusia! ¡Me comería el corazón de quien liberó al travieso Duende!

LA REINA. No digas eso.

EL REY. ¡Claro que lo digo! Me lo comería en carne viva y con sal.

DUENDE. Y los reyes se van. ¡Hasta la vista, reyes! Ya nos veremos

en los jardines y armarios del palacio real... Aunque es hora de visitar otros lugares...

Pero ¿qué veo?

AJONJOLÍ. Te cambio la espada por el manto.

POMPÓN. Te cambio la espada por el caballo.

VERDEMAR. Pero estoy contento con la espada.

POMPÓN. No tienes derecho a la espada, cuando El Rey...

TODOS. Nuestro padre.

POMPÓN. Se dé cuenta de que al revoltoso Duende le has dado libertad.

DUENDE. Y los dos hermanos dejarán al Príncipe Verdemar solo con sus pensamientos.

VERDEMAR. Sé que mis hermanos capaces son de delatarme. ¿Qué hacer?

DUENDE. Entonces huyó. Dejó atrás a La Reina, a El Rey y a sus hermanos. Durante ese tiempo vio otros mundos, otras tierras, otras lenguas. ¡Nos veremos pronto, Príncipe Verdemar!



Los caminos del Príncipe Verdemar

VERDEMAR. Huiré hasta donde aguanten mis pies. Escalaré empinadas montañas y caminaré por frondosos bosques. Llegaré a un lugar: una venta que atenderá una Tendera, pero no será una venta cualquiera. Estará en la encrucijada de dos caminos oscuros y peligrosos. Sentiré un olor a comida; a cordero recién hecho. ¡Nunca he comido cordero callejero! Así que entraré a la venta y, en medio del tumulto, conoceré a un Bufón; a uno vestido con ropas viejas y deshechas. El destino nos cruzará en esa esquina. El Bufón hace poco huyó de otro reino; un palacio en donde prestaba servicio a la hija del Rey Micomicón. El Bufón y yo nos sentaremos a comer y a beber como viejos conocidos.

BUFÓN. Hace tres días, el reino entero está de luto por la Infantina.

VERDEMAR. ¿Cómo puede ser?

BUFÓN. ¿No sabe usted del Dragón?

TENDERA. El animal invencible.

BUFÓN. El Dragón que ruga a las afueras del palacio del Rey Micomicón pidió que Infantina le fuera entregada.

VERDEMAR. La vi pasear en los jardines reales y con su belleza quedé maravillado.

BUFÓN. Un par de caballeros intentaron vencerlo, pero todos murieron.

VERDEMAR. ¿Murieron?

TENDERA. Pelear con él es una locura.

BUFÓN. Así que tuve que salir del palacio sin cobrar mi sueldo de todo un año.

VERDEMAR. ¿Dejaste sola a la Infantina?

BUFÓN. ¿Acaso cree que mis bromas divierten a quien espera la muerte del terrible Dragón?

VERDEMAR. ¿Entonces dices que solo eres bueno para quien vive sin penas?

BUFÓN. Digo que es importante comer y vivir. Y en palacio ni de lo uno ni de lo otro.

VERDEMAR. ¿Tan mal anda el Rey Micomicón?

BUFÓN. ¿En qué parte del mundo ha visto que se está bien?

TENDERA. No se puede comer ni vivir, eso es lo que yo sé.



BUFÓN. Además, la gente de los reinos gasta mucho.

VERDEMAR. Me quedaré pensando en el mundo. ¿Cómo vivirán en otros mundos? Pensaré en la Infantina. ¡Qué horror ser entregada a las garras del Dragón!

Y entrará un Ciego: uno con capa remendada. Y un perro. Entonces pediré comida para todos: el Ciego, el Bufón y el perro. ¡Comeremos cordero callejero y qué bien olerá!

BUFÓN. Este es el Ciego que vende los periódicos en el palacio del Rey Micomicón.

CIEGO. Los vendía.

BUFÓN. ¿Y ahora por qué no?

CIEGO. Apenas daba para comer.

VERDEMAR. ¿Y los dejaste sin avisar?

CIEGO. Los reyes nunca pagan a quien les sirve, así que vine a embarcarme en un barco que me lleve a otras tierras.

BUFÓN. Igual yo.

CIEGO. El pueblo entero huye del reino.

VERDEMAR. Solo quedarán los viejos e inútiles.

BUFÓN. Te refieres a otros tiempos...

En este tiempo existe una ley que dicta que los automóviles pueden aplastar a los viejos en las carreteras.

VERDEMAR. Pero ¿qué locura dices?

BUFÓN. Así se hacen fuertes las razas.

¿De qué sirve un viejo de cien años?

VERDEMAR. No está bien decir eso.

BUFÓN. ¡Eres ingenuo! Lo eres. Lo supe cuando nos invitaste a comer cordero.

VERDEMAR. Los invité porque quiero saber sobre la Infantina.

¿Qué hay más allá de sus ojos?

¿Sus pensamientos tienen el mismo encanto de sus movimientos?

CIEGO. No solo es ingenuo, es un sentimental.

VERDEMAR. Solo la vi una vez. La vi pasar como un estrella fugaz por los jardines, y al verla se sembró en mí el deseo de vencer al Dragón.

BUFÓN. No solo es un sentimental...
¡Es un Bufón!

CIEGO. Dicen que para vencer al Dragón se necesita una espada de diamante.

BUFÓN. Y tales espadas no existen.

VERDEMAR. Y en ese instante entrará el Bravo, el rufián, junto a Geroma, a quien no tratará muy bien, pero a su mujer es a quien invitaré a comer. Acá tiene su silla, señora Geroma.

GEROMA. Gracias, caballero.

BRAVO. ¿Y mi silla dónde está?

VERDEMAR. Pero a él no ofreceré ni charla, ni vino, ni mucho menos cordero callejero, pues no soportaré que un hombre traté mal a su mujer. El Bravo se molestará y una discusión con Geroma tendrá.

BRAVO. ¡Este plato es mío!

¡Esa silla es mía!

¡Ese vaso también!

GEROMA. ¿Por qué?

BRAVO. Porque tú eres mía también.

GEROMA. ¡Eso lo vamos a ver!

VERDEMAR. Las cosas sucederán así: Geroma y el rufián incluso a las manos se irán.

BRAVO. Suéltame, mujer.

GEROMA. ¡Ahora pides mi clemencia!



14

VERDEMAR. Yo por torpe hablaré de más y empuñaré mi espada en contra del rufián; a quien una cortada sin querer haré. ¡Shan! El rufián me llamará valiente y no sé cuántas cosas más. Y en un juego de palabras poco elaboradas...

BRAVO. Bla, bla, bla.

VERDEMAR. Monedas pedirá para su herida curar.

BRAVO. Bla, bla, bla.

VERDEMAR. ¡No le daré monedas de mi bolsa! Entonces jurará que con su espada volverá.

BRAVO. ¡Volveré!

VERDEMAR. Y se abrirá la puerta de la cocina y la noche azul ahí estará. El rufián y la señora Geroma saldrán de la venta en medio de la oscuridad.

BUFÓN. ¡Debes huir! Volverá con su banda de rufianes.

VERDEMAR. Pero me sé defender con la espada en la mano.

BUFÓN. ¡Ellos serán más!

VERDEMAR. ¿Qué suena?

CIEGO. Es el silbido; la señal para reunir a su gente.

BUFÓN. ¡Cierren la puerta!

VERDEMAR. Todo sucederá muy rápido: la Tendera mirará a través de la puerta, el Bufón saltará por todos lados de aquí para allá, el Ciego se abrazará a su perro y a mí un impulso me llevará a querer salir. ¡No puedo quedarme aquí como un principito en un castillo encantado!

TENDERA. La comida va por mi cuenta.

VERDEMAR. Toma esta bolsa con monedas.

BUFÓN. A un caballero tan generoso no quiero verlo morir como a cualquiera.

VERDEMAR. Voy a salir.

BUFÓN. Espera. Puedes salir con un disfraz.

VERDEMAR. No hay tiempo.

BUFÓN. Una cosa es ser un hombre valiente y otra un pendejo.

VERDEMAR. Pasé de ingenuo a sentimental, de sentimental a Bufón...

BUFÓN. ¡Eso!

TENDERA. ¡Qué dolor! ¡Es tan joven y tan lindo!

BUFÓN. Usa mi vestido de Bufón.

VERDEMAR. ¡Es una idea maravillosa! Fingiré ser el Bufón.

BUFÓN. Siempre y cuando me dejes tu traje de caballero.

VERDEMAR. Entraremos a un cuarto a cambiarnos de vestidos, y entre tanto el Bravo...

BRAVO. ¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

VERDEMAR. Llamará a la puerta y cada vez más fuerte lo hará.

BRAVO. ¡TOC! ¡TOC! ¡TOC!

VERDEMAR. La señora Tendera sin excusas abrirá. Varios hombres entrarán a la venta amenazando con un puñal. En medio del barullo, me deslizaré entre los muros. Haré una reverencia a los presentes y saldré a la noche azul. En otros tiempos contarán que, cuando el Bravo se dé cuenta del engaño, le arrebatará

mi traje al Bufón y lo dejará completamente desnudo. Y en ese instante, afuera se escuchará el anuncio del Pregonero del Rey.

PREGONERO. El poderoso Rey Micomicón anuncia: aquel hombre o rufián que dé muerte al terrible Dragón y salve a la bellísima Infantina, será de ella su esposo y también la mitad del reino será suyo. ¡Ordénesse y cúmplase!

PUEBLO. ¿La mitad del reino?

GEROMA. Es decir, ¿por partes iguales?
BRAVO. ¡La mitad del reino y ser esposo de la Infantina es tener el reino entero!

BUFÓN. Si va a ser dueño del reino entero, por favor devuélvame mi traje.

VERDEMAR. El Bravo, a partir de esa noche, un nuevo plan tendrá y, para lograrlo, creo que fingirá ser un noble caballero.

15



Los versos del Bufón

INFANTINA. Hoy es el día de mi muerte. El Rey Micomicón es mi padre y este reino, este jardín, estas rosas, esas escaleras de mármol, esos pavos reales, ese lago, esos cisnes, esas lechuzas, esos cuadros del siglo Isabelino, esa biblioteca de Alejandría, esa escultura de El pensador, esa alfombra de terciopelo verde azulado, esa araña bañada en polvo de oro, esos cubiertos con la inscripción de Micomicón, esos manteles bordados en hilos de hoja de selva virgen, ese inodoro tallado con las manos de señoras de cien años, todo le pertenece a él. Y para salvar al reino; este jardín, estas rosas, esas escaleras de mármol, esos pavos reales, ese lago, esos cisnes, esas lechuzas, esos cuadros del siglo Isabelino, esa biblioteca de Alejandría, esa escultura de El pensador, esa alfombra de terciopelo verde azulado, esa araña bañada en polvo de oro, esos cubiertos con la inscripción de Micomicón, esos manteles bordados en hilos de hoja

de selva virgen, ese inodoro tallado por las manos de señoras de cien años; para salvar todo esto, debo morir entre las garras del Dragón.

VERDEMAR. Pssst.

INFANTINA. ¿Quién anda ahí?

VERDEMAR. ¡Señora Infantina!

INFANTINA. No me llames así, por favor.

VERDEMAR. Perdón.

INFANTINA. ¿Quién eres?

VERDEMAR. ¿No ves mis ropas?

INFANTINA. Están viejas y deshechas.

VERDEMAR. Pues un Bufón soy.

INFANTINA. No podía verte.

VERDEMAR. ¿Por qué lloras hoy?

INFANTINA. ¿Qué quieres Bufón?

VERDEMAR. Darte un mensaje de las rosas de tu jardín...

INFANTINA. ¿Qué dicen?

VERDEMAR. Ellas dicen que tú eres su sol.

INFANTINA. Pero el sol está en el cielo.

VERDEMAR. Ellas lo único que necesitan es de tus ojos la luz.

INFANTINA. Pero mis ojos solo pueden llorar.

VERDEMAR. Un soldado me contó sobre tu situación...

INFANTINA. Es mi destino, hasta mi Bufón se marchó...

VERDEMAR. Por eso aquí estoy.

INFANTINA. No te necesito.

VERDEMAR. Sé que no puedo hacerte reír, pero quizás secar tus lágrimas sí.

INFANTINA. Qué cosas dices... ¿Y esta flor?

VERDEMAR. Para recoger tus lágrimas estoy.

INFANTINA. ¿Has probado las lágrimas de un Bufón?

VERDEMAR. ¿La verdad quieres?

INFANTINA. Por supuesto.

VERDEMAR. No que lo recuerde.

INFANTINA. Son muy amargas.

VERDEMAR. El opuesto a su humor.

INFANTINA. ¿De verdad eres un Bufón?

VERDEMAR. ¿Por qué lo dudas?

INFANTINA. Por tus palabras.

VERDEMAR. ¿Qué tienen de extrañas?

INFANTINA. Parecen un verso, pero uno mal hecho y no cuadran con tu capa de Bufón.

VERDEMAR. Pero te hicieron sonreír, así que un Bufón de los buenos soy.

INFANTINA. Hasta hace poco me acompañaba uno, pero no se parecía nada a ti.

VERDEMAR. ¿Puedo acompañarte a partir de hoy?

INFANTINA. Poco tiempo queda ya.

Hoy es el día de mi muerte.

Te regreso la rosa.

VERDEMAR. La guardaré hasta mañana, mi sol.

INFANTINA. Prométeme que deshojarás la rosa después de mi muerte.

VERDEMAR. Te prometo que no morirás y que mañana cortarás otra rosa de tu jardín.

INFANTINA. ¡Qué ingenuas y graciosas son tus palabras! ¡Debo irme!

VERDEMAR. Princesa de mis sueños. Moriré en la lucha o venceré al Dragón. ¿Quién canta ahí?

DUENDE. ¡Libertad! ¡Quiero libertad!

VERDEMAR. Es la voz...

DUENDE. ¡Volar como una paloma!
¡Tan alto, tan alto! ¡Quiero volar sin miedo al gavilán!



VERDEMAR. Es... ¿el Duende?... ¿El anillo? Toma... este anillo y... cuando te lo pongas...

DUENDE. Me tendrás de tu lado.

VERDEMAR. Me lo pondré.

DUENDE. ¿Qué deseas?

VERDEMAR. Vencer al Dragón.

DUENDE. ¿Al Dragón que está afuera del palacio del Rey Micomicón?

VERDEMAR. Ese mismo.

DUENDE. Ven conmigo.

VERDEMAR. ¿Adónde?

DUENDE. A buscar la espada de diamante.



La voz de la Infantina

INFANTINA. Grito: ¡Déjeme aquí, señor Maestro de Ceremonias! ¿Aquí? ¿En el bosque de mil años?, me pregunta. Sí, aquí en este camino... Pero ¿qué hacen acá ese reguero de damas, meninas y pajes? ¡Qué extraños son los reinos y palacios! ¿A quién se le ocurre mandar una comitiva a acompañarme el día de mi muerte? ¡No puedo más! ¡Déjame acá, señor Maestro de Ceremonias! ¡NO! Eso grita. Pero qué grosero es y qué empalagoso con ese traje y esas insignias. ¿Cuánto falta de camino? ¡Es usted cruel, Maestro de Ceremonias! ¡Qué camino tan penoso el que me lleva a la tierra del Dragón! ¡Estoy rendida! ¡Y no daré un paso más! ¡Aquí me quedo! ¿Por qué no me deja aquí, señor Maestro de Ceremonias? ¡Qué imposible! ¡Qué la etiqueta dice que debo ser entregada al bendito Dragón en la fuente de los enanos a las dos y veinticinco minutos de la tarde! ¡Qué es el uso desde hace mil años! ¡Mil años! Y sea Dragón, ave de corto vuelo o lo que

sea que se presente a reclamar una princesa, esta debe ser entregada en la fuente en ese preciso momento del día... Bla, bla, bla... Y que el Dragón olerá a la princesa por tres horas veintiséis minutos y diez segundos... Y que la Corte del rey bla, bla, bla..., establece que el protocolo de cena de princesas debe durar dieciocho horas... Bla, bla, bla..., que la tradición antigua dice, que la etiqueta del gran siglo debe respetarse... ¿Alguien se ha preguntado lo que pienso? Para mí ni un asomo de compasión... ¿Por qué me llaman Infantina? ¿Ni siquiera recuerdo mi nombre? ¿Por qué hay duques y princesas? ¡No puedo andar! ¡Aquí me siento y de aquí no me muevo! ¡Y no me digan voluntariosa! Si voy a morir para salvar el reino que solo me produce disgustos, voy a descansar a mi gusto. ¡Aquí me quedo! Y usted, señor Maestro de Ceremonias, si quiere hacer algo provechoso, llévele mis zapatillas al Rey Micomicón.



Y, por favor, sea usted tan amable de decirle: ¡qué ya no puedo caminar con ellas más! Y si el cielo así lo quiere, a usted, señor Maestro de Ceremonias, lo hará reflexionar, porque eso es lo que usted y el mundo deben hacer:

¡RE-FLE-XIO-NAR! Darse cuenta del absurdo que una joven como yo sea entregada como regalo a un Dragón, aunque sea una Infantina y que pena que se lo diga, pero es una palabra ridícula. ¡Adiós! ¡Adiós! Me dicen y se van. Me quedo sola en este bosque de mil años.

¿Qué hay ahí? ¿Nidos? ¿Nidos de ruiseñor? Qué hermoso se siente la

calma, el silencio... Señores árboles preciosísimos, un deseo les pido: tener el aliento para saber morir. ¿Cómo se puede morir sin desear hacerlo? ¿Cómo se puede morir sin sufrimiento? ¿Cómo se puede morir en las garras de un Dragón? Esos animales enormes y hermosos que en otros tiempos otras personas los soñaron distinto... ¿Cómo los imaginarán en cien años?

No quiero mirar al Dragón con ojos de miedo... ¿Quién anda ahí?

REY MICOMICÓN. Al fin te encuentro.

INFANTINA. ¿Padre?

REY MICOMICÓN. Te llevaré en brazos.

INFANTINA. ¿Adónde?

REY MICOMICÓN. A una tierra lejana.

INFANTINA. ¿Y el reino?

REY MICOMICÓN. ¿El reino?

INFANTINA. Seguiré mi destino. ¿Padre?

¿Estás ahí? ¿Acaso soñé tu encuentro? No puede ser, pero lo es. No hay padre ni rey. ¡Todo es un terrible sueño! ¿Qué debo hacer?

¿Por qué debo morir en las garras del Dragón? ¿Qué veo? ¿Quién anda ahí con una armadura resplandeciente?

VERDEMAR. Infantina...

INFANTINA. No me llames así, por favor...

VERDEMAR. Perdón...

INFANTINA. ¿Nos conocemos?

VERDEMAR. Vengo de tierras lejanas para vencer al Dragón.

INFANTINA. No sé si te has enterado, pero el Dragón es invencible.

VERDEMAR. Quizás no para mí...

INFANTINA. ¿Es esto otro sueño?

VERDEMAR. ¿Por qué lo preguntas?

INFANTINA. Porque hace un rato mi padre estaba aquí.

VERDEMAR. Tu padre está en el palacio.

INFANTINA. Y ahora apareces diciendo que..., pero... tu voz... recuerdo... tu voz...

VERDEMAR. Silencio.

INFANTINA. ¿Por qué?

VERDEMAR. Ya está ahí el Dragón.



La cabeza del Dragón

INFANTINA. ¿Por qué debo morir en las garras de un Dragón?

VERDEMAR. La princesa me gritará:

INFANTINA. ¡Huye!

DUENDE. Pero ni el príncipe ni yo pudimos hacerlo.

INFANTINA. Se escucha el vuelo del Dragón en el cielo.

VERDEMAR. Enfrentaré al Dragón.

INFANTINA. El joven de la armadura resplandeciente alza su espada.

VERDEMAR. Clavaré la espada...

DUENDE. En el centro de la cabeza del Dragón.

INFANTINA. Veo cómo el Dragón abre su enorme boca.

VERDEMAR. Empuñaré la espada de diamante y...

INFANTINA. Miro por primera vez a los ojos del Dragón y el tiempo se detiene.

VERDEMAR. La Infantina gritará:

INFANTINA. ¡Espera!

DUENDE. En ese instante, un resplandor ilumina el bosque.

VERDEMAR. No veré nada.

DUENDE. No vi nada, pero en la cabeza de la Infantina...

INFANTINA. Aparece un rayo de luz.

Y muy lentamente se ilumina un precioso árbol de hojas violetas.

¿Dónde estoy?

¿Dónde está el joven de la armadura resplandeciente?

¿Y el Duende que lo acompaña?

¿Dónde estoy?

En las ramas descansan cientos de pájaros, pero no son como los pájaros de palacio.

Aquí, unos tienen una extraña cola de gato y otros en vez de ojos tienen esmeraldas.

Y hablan. Cuentan historias.

VERDEMAR. La Infantina observa un mundo que nosotros no logramos percibir.

DUENDE. Una eternidad a la que nosotros no tenemos acceso.

INFANTINA. En la punta del árbol violeta, un hombre muy viejo con alas enormes cuenta la historia de un noble caballero que persigue molinos. Sobre las nubes, una mujer del tamaño de un alfiler dibuja la historia de un hombre que da la vuelta al mundo en ochenta días.



¡Veo otros mundos!

En el lugar de los siete lagos, una señora narra cuentos de terror para niñas y, en el país de las aceitunas, un hombre ha perdido su brazo en una pelea callejera.

En la punta de un mundo circular, un hombre viejo decide no ser un príncipe y, en ese mismo mundo, una mujer de pelo blanco no recuerda su nombre, pero los demás la llaman Infantina.

En un pedazo de tierra naranja, cientos de dragones nacen y, en la cima de una montaña, otros mueren.

Es el ciclo de la vida.

¡Creo que veo el futuro!

¿Cuánto tiempo llevo aquí?

La luz resplandece aún más y caigo en un profundo sueño.

DUENDE. La princesa despertó.

INFANTINA. ¿Dónde estoy?

VERDEMAR. En el bosque de mil años.

INFANTINA. ¿Y el Dragón?

VERDEMAR. Dormido.

INFANTINA. ¿No lo has matado?

VERDEMAR. No fue necesario...

INFANTINA. ¿Acaso tienes la espada de diamante?

VERDEMAR. La misma.

INFANTINA. Se ven otros mundos en los ojos del Dragón.

VERDEMAR. ¿Los viste?

INFANTINA. Ya recuerdo tu voz.

VERDEMAR. Estás somnolienta.

INFANTINA. Y tú no eres un Bufón.

VERDEMAR. ¿Lo descubriste en tu sueño?

INFANTINA. Y no sabes hablar en verso.

VERDEMAR. ¿Qué pasará con el Dragón?

INFANTINA. No sé, quizás regrese a su tierra...

VERDEMAR. ¿Qué has visto?

INFANTINA. He visto los ojos del Dragón, y en ellos he visto cientos de mundos. Vi a tenderas sembrar un jardín de flores venenosas, vi a hombres en la carretera caminar largos caminos buscando un lugar dónde dormir, vi a bufones con las ropas deshechas en parques recitando historias y poemas en medio del olvido, vi a reyes discutir por un pedazo de tierra, vi el hielo derretirse hasta ahogar el mundo... También vi mujeres de trajes verdes celebrar la vida, vi estrellas fugaces, vi reyes acordando la paz, vi hombres limpiando los océanos, vi a niños sembrando árboles y dando de comer a los pájaros, vi a un grupo de soldados dejar las armas, vi el sol resplandecer en el centro de la tierra... He visto también a un par de

jovenes conocerse y luego cada uno seguir su camino...

VERDEMAR. ¿No nos enamoramos?

INFANTINA. Apenas nos conocemos.

VERDEMAR. Es cierto.

INFANTINA. He visto miles de años en tan poco tiempo...

VERDEMAR. ¿Pero puedo decirte que alumbras como el sol?

INFANTINA. Ya lo hiciste, cuando jugaste a ser Bufón...

VERDEMAR. ¿Y el Dragón?

DUENDE. Se ha ido.

INFANTINA. Es hermosa la cabeza del Dragón.



Las alas del pueblo

REY MICOMICÓN. ¡Exijo la cabeza del Dragón!

DUENDE. Todos querían la cabeza del Dragón y la tuvieron, pero de otra manera. Porque hay historias que pueden cambiar de rumbo e imaginarse distinto, como esta historia. Hay quien imaginó que el Príncipe Verdemar daría muerte al Dragón y cortaría su cabeza.

VERDEMAR. ¡Shan!

DUENDE. Y mucha sangre correría...

VERDEMAR. Hilos, ríos, mares de sangre.

DUENDE. Otros imaginaron que el Bravo llegaría a reclamar a la princesa.

REY MICOMICÓN. ¡Hija mía! Ha llegado el caballero vencedor del Dragón.

MAESTRO DE CEREMONIAS. ¡Señora Infantina! Pide permiso para saludarte el más poderoso caballero, el que dio muerte al Dragón.

BRAVO. Hija de El Rey, tus manos quiero besar.

INFANTINA. Pero ¿dónde está el caballero a quien le debo la vida?

GEROMA. ¡Es un rufián! ¡Un impostor!

BRAVO. Pero..., mujer, ¿de qué lado estás?

PUEBLO. ¿Impostor? ¿Quién ha dado muerte al Dargón?

BUFÓN. ¡No ha muerto el Dragón! ¿Por qué lloro?

DUENDE. Otros imaginaron que el príncipe y la princesa se casarían.

BUFÓN. ¿No se casaron? ¿Por qué no se casaron?

TENDERA. Deja de llorar.

LOS REYES. ¡Que los altos cielos los bendigan por igual, dilatando nuestras dinastías por los siglos de los siglos!

TENDERA. ¡Amén!

GEROMA. Porque de esa manera educaron a los príncipes y princesas.

DUENDE. Así imaginaron el mundo hace miles de años, pero la verdad es que el Príncipe Verdemar...

CIEGO. Al que llamamos ingenuo, quiso recorrer tierras lejanas.

BUFÓN. ¿Te embarcas esta noche?

CIEGO. ¿Quién eres?

BUFÓN. Soy el Bufón del palacio.

CIEGO. ¿En serio? Pero bromas no te he visto hacer.



30 **BUFÓN.** Desde que ando desnudo, he perdido mi gracia, incluso a ratos lloro.

CIEGO. Algo he podido ver.

BUFÓN. ¡Soy un sentimental! ¿Viajas esta noche?

CIEGO. Había comprado pasaje solo para mí, pero ahora debo juntar el dinero para comprar el del perro.

BUFÓN. Yo no he podido embarcar por falta de vestido y tengo mucho frío.

VERDEMAR. Aquí tiene su traje y aquí tiene el pasaje de su acompañante.

CIEGO. ¿Y qué hace un príncipe por estos lugares?

VERDEMAR. Ahora soy un hombre como ustedes y vengo a embarcarme rumbo a otras tierras.

CIEGO. Compañeros de viaje, solo un deseo pido: usted, Bufón, no más lamentos, y, usted, no más versos.

DUENDE. La princesa en cambio, en su tierra se quedó.

INFANTINA. Padre, el reino debes acabar.

REY MICOMICÓN. ¿Qué haré yo sin mi reino? ¿Sin mi lago? ¿Sin mis jardines reales? ¿Sin mis cisnes?

INFANTINA. El pueblo está cansado de tantos caprichos y protocolos ridículos.

DUENDE. Así que expulsaron al Rey Micomicón, junto con las duquesas, las meninas, los maestros de ceremonias y los ministros.

PUEBLO. ¡Fuera!

DUENDE. En el otro reino sucedió algo parecido. Aquel Rey que amenazó con comerse el corazón vivo del Príncipe Verdemar también fue destituido.

PUEBLO. ¡Abajo el Rey!

DUENDE. La princesa pidió que no

la llamaran Infantina y escogió un nombre. Uno que le gustaba pronunciar.

Había días en los que se sumergía en los sueños del Dragón.

Dicen que la mirada del Dragón en la mente de una persona dura miles de años...

La verdad nadie lo sabe con exactitud...

Otros días, ella permanecía en silencio intentando entender lo que había visto.

¿Por qué los reyes discuten por un pedazo de tierra? ¿Por qué los hombres dejaron de soñar?, se preguntaba.

Así que cuando la tristeza se apoderaba de ella en las noches más oscuras, bailaba sobre las

terrazas o saltaba en puntitas en el agua.

Soñaba que el mundo podía ser distinto.

Porque las historias son de quien las sueña.

Eso aprendió ella.

Entonces sueña.

Porque cuando eres pequeña, sabes soñar el mundo entero en un pedazo de tela o en una pelota de cristal.

TODOS. ¡Libertad! ¡Quiero libertad! ¡Volar como una paloma! ¡Tan alto, tan alto!

DUENDE. ¡Quiero volar sin miedo al gavilán!

FIN

31



Serie Leer es mi cuento

Consulta los libros digitales aquí:

maguared.gov.co/recursos/leer-es-mi-cuento/libros-para-descargar/

